

**Conferencia magistral**  
**Finjamos que fuimos felices. La vida en la Nueva España**

Pilar Gonzalbo

Presentación a cargo de Aristarco Regalado

Viernes 2 de octubre de 2009

Estoy profundamente agradecida a todos ustedes, en particular a la Universidad y a la Cátedra Julio Cortázar, pero respecto a mi querido compañero Aristarco, más que agradecida, estoy abrumada. Yo habría preferido hacerle callar de vez en cuando, porque me parecía que estaba hablando de otra persona. No porque haya dicho ninguna mentira, sino porque realmente, me parece que su mirada es demasiado generosa, demasiado elogiosa. Pero bueno, para eso son los amigos. El hecho es que todo lo que yo he realizado, ha sido trabajar; es mi trabajo nada más. Pero un trabajo que me apasiona, un trabajo que me hace feliz. Ya que estamos hablando de la felicidad, les aseguro que no hay nada más satisfactorio que tener una profesión que a uno lo llene de satisfacción.

Y puesto que vamos a hablar de la felicidad, y efectivamente, fue Sor Juana Inés de la Cruz quien me inspiró el tema, el argumento y el título de este trabajo, en ese romance que comienza diciendo: “Finjamos que soy feliz / triste pensamiento, un rato. / Quizá podréis persuadirme, / aunque yo se lo contrario (...)” Efectivamente parece que Sor Juana no era feliz, pero ¿porqué se puso a pensar en la felicidad? ¿Porque creía que era posible? ¿Creemos nosotros que es posible? ¿Creemos nosotros que fue posible ser feliz en un medio como era el ambiente colonial?

Para empezar, la felicidad, aunque es la aspiración de todo ser humano, aunque es la meta que tenemos siempre aunque lo ignoremos, ha cambiado a lo largo del tiempo. Ha cambiado porque se ha considerado diferente. Los místicos, los místicos de la literatura española en el siglo XVI y en el siglo XVII estaban obsesionados con la felicidad, pero no era la felicidad de este mundo. “Vivo sin vivir en mí, / y tan alta vida espero, / que muero porque no muero.” Dice Teresa de Jesús. Qué felicidad tan inmensa está esperando, porque resulta que felicidad y muerte van unidas en la poesía de los místicos. Nadie puede ser feliz en esta vida, por esa razón el ansia de morir. “Pastores, los que fuéredes / allá por las majadas al otero; / si por ventura viéredes / a aquel que yo más quiero, / decidle que adolezco, peno y muero.” Una obsesión por la muerte, porque significa la puerta para llegar a la felicidad, una felicidad que nada tiene que ver con lo que nosotros entendemos hoy.

Pero seguimos pasando al barroco, y en el barroco, y en nuestro medio, en la Nueva España, encontramos una importante cantidad de monjas, beatas, venerables, que efectivamente están buscando esa felicidad que tienen los místicos, esa felicidad que tenía en medio de su sufrimientos Teresa de Jesús, porque en sus éxtasis en la transverberación está celebrando un momento gozoso hasta el máximo, tan feliz, que es insoportable, un dolor que se convierte en felicidad. ¡Caramba, sí que daban vueltas a la felicidad en el barroco! Pero no por eso la olvidaban.

Las cosas van a cambiar, van a cambiar mucho para nuestro país, para nuestra Nueva España, cuando finalizando el Siglo XVIII vienen unas corrientes ilustrada, que ven la felicidad de una forma muy diferente. Tanto, que el arzobispo Francisco Antonio de Lorenzana y Butrón escribió unas recomendaciones a todos los párrocos para que los habitantes de la América sean más felices en lo espiritual y en lo temporal. ¡Caramba, sí que dimos un buen salto! Porque ahora

resulta que la felicidad no sólo es espiritual, no sólo está en el otro mundo, también puede estar en este. ¿Y en qué consiste esa felicidad temporal? Nos lo dice Francisco Antonio de Lorenzana: “Deben de tener sus casas aseadas. Deben de tener sus camas en alto y no en el piso, porque eso es muy malo para la salud. Deben de cuidar a sus hijos y ponerlos en un sitio seguro. Deben alimentarse de forma saludable. No deben de convivir con los animales domésticos en la misma habitación.” Eso es la felicidad de la cual nos está hablando Francisco Antonio de Lorenzana, bien diferente de la que nos hablaban hace cien o doscientos años.

Y sigue pasando el tiempo y llegamos a un momento en el cual la felicidad llega al mínimo de su reconocimiento. Me refiero al romanticismo, donde ser feliz es de muy mal gusto. Lo que se debe hacer es sufrir, sufrir muchísimo. Los románticos tienen que sufrir para demostrar que tienen un espíritu muy fuerte que están muy elevados, que están muy lejos de esa materialidad humana de disfrutar los goces terrenales. Por eso los románticos se mueren de amor. Y si no se mueren de amor se mueren de tuberculosis, que ellos, más o menos vienen pensando que es lo mismo. Pero no crean que eso esa moda se pasó con el romanticismo o es una cosa anticuada, porque todavía hace tres o cuatro décadas Charles Aznavour decía: “Morir de amor” y eso estaba de moda, y hace poquitos días vi un anuncio de una película prácticamente lo mismo “Amar a morir” o algo así.

Bueno, otra vez nos encontramos con que amor, felicidad y muerte se empeñan en que esté junto. Y ¿saben una cosa? Yo no lo he encontrado así. Cuando yo he visto mis documentos, cuando yo he buscado los sentimientos, tan difíciles de expresar a través de documentos de todo tipo, encuentro que la felicidad, ni es tan opuesta al amor o a la muerte, ni tan cercana al amor o a la muerte. La felicidad es incluso independiente de lo que nos pasa, y desde luego, siempre, independiente de lo que tenemos. Nos están vendiendo una idea diferente, nos están enseñando un coche espléndido y vemos la cara de satisfacción del señor que lo compró, o una modelo monumental y el hecho de ser novio de esa modelo monumental es el colmo de la felicidad. Pues no, lo que yo he encontrado, en miles, miles de documentos, es que la felicidad es independiente de lo que uno tiene. La felicidad es ser. No es seré feliz cuando tenga, no. Soy feliz porque soy, porque estoy contento conmigo mismo, porque estoy en paz con todos. Esa es la felicidad que yo he encontrado. Posiblemente ustedes tengan otra idea de la felicidad. Yo voy a hablar de la felicidad en los siglos XVI, XVII y XVIII y esa se veía de esa manera.

En todo caso, siempre, en cualquier documento; un pleito judicial, un testamento, una obligación de pago, siempre, subyace la idea de que yo quiero ser feliz, yo quiero resolver mi vida y quiero ser feliz. Ahora bien, hablaba hace un momento el compañero del orden en el matrimonio, del orden como una necesidad para el mundo moderno. Y ¿saben una cosa? Yo también buscaba el orden cuando empecé mis investigaciones hace muchos, muchos años. Y lo que me encontré fue que en la Nueva España, para nuestra dicha, lo que se impuso fue el desorden. Eso a las autoridades les parecía horrible, era insoportable, había que corregirlo. Porque resulta que lo que a las autoridades, a los funcionarios reales, a la jerarquía eclesiástica, le parecía un desorden intolerable, era, en realidad, el orden que se había establecido, muy diferente del que imperaba en el viejo mundo. Ese desorden se había convertido en una manera de vivir, en un estilo de vida que es el que permitía que dentro de un mundo injusto, dentro de unas leyes que parecían hacer imposible todo tipo de convivencia, de comprensión, de solidaridad, por algún método, lograban incumplirlas para llegar al amor, a la felicidad y a la solidaridad. Ese desorden es el que hizo que la Nueva España de hace trescientos años y el México de ayer y de hoy, sea tan diferente de otros países en los cuales sí consiguieron imponer el orden. Ese orden al que

nosotros somos tan reacios, ese fue el que creó problemas de segregación, de estratificación, de opresión, ese fue el que intentaron eludir muchas veces con éxito, nuestros antepasados.

Sor Juana continúa diciendo: “Si os imagináis dichoso / no seréis tan desgraciado” Con esto parece que nos está dando una receta, como las que nos encontramos en las librerías con esos estantes repletos de libros de autoayuda. Porque resulta que como no somos felices, queremos aparentar que somos felices, ahí está la ficción. ¿Porqué queremos aparentar? Si sabemos que eso de morir de amor era muy bonito y muy prestigioso, ¿por qué razón ahora tenemos ese empeño, no sólo en parecer felices? Es que parecer felices equivale a ser exitosos y el prestigio, en el siglo XXI lo tiene el éxito, más que la felicidad. No es el valor, no es el honor, no es el aprecio de la comunidad, no es el prestigio profesional, algo que constituían méritos excepcionales en el pasado. Ahora es el éxito. Y nadie puede ser plenamente exitoso, si no es al mismo tiempo feliz, eso es lo que en este tiempo nos preocupa.

Se podía entonces ser feliz en un mundo injusto, porque legalmente lo era, desordenado, porque ya hemos visto que todos opinaban que lo era, en un mundo en el cual, para empezar, había esa gran distinción de grupos sociales. ¿Cómo se compaginaba esto con la vida cotidiana? Simplemente porque dentro de la búsqueda de la felicidad, hay varios aspectos. Y es importante cubrir o intentar cubrir el mínimo de insatisfacciones en el terreno material, afectivo, espiritual. ¿Cómo funcionaba la vida novohispana en esos terrenos? En el terreno material, satisfacían sus necesidades mínimas. Y aquí entramos en un grave problema filosófico. ¿Necesidades reales, o falsas necesidades? Este es un dilema que tiene más de dos mil años. ¿Cuáles son las necesidades para mí, que no son, desde luego, las mismas que para muchos de ustedes? ¿Cuáles son las necesidades de quien vive en el campo, quien vive en la ciudad, de una mujer o de un niño o de un adulto? ¿Son necesidades reales o son falsas? ¿Quién va a ser juez de mis necesidades? Sin hablar de esas necesidades radicales que jamás podrán cumplirse dentro de un cierto orden. Esas que seguramente no podían cumplirse, pero que no existían como tales necesidades, porque no se pensaban como tales. Pienso en la libertad, por ejemplo. La libertad fue una necesidad cuando pensamos que era posible ser libres. Antes, si no se había pensado en la libertad, no se sentía la necesidad de la libertad, porque no estaba al alcance de nadie en este mundo; la libertad era para el otro mundo, lo mismo que la felicidad. Pero el amor sí.

Y pasamos entonces a las necesidades afectivas. ¿Cómo podían cumplir sus necesidades de afecto, en este mundo en el cual había diferencias de grupos sociales? Diferencias que fácilmente se ignoraban, se olvidaban, o se rechazaban, porque el mestizaje, desde el primer momento, hasta el momento de la independencia, fue continuo, constante y repetido. Tanto, que las autoridades que venían de la Nueva España, protestaban y decían: “Pero es que aquí no hay nadie que sea español, todos son mestizos.” Protesta el Ayuntamiento de la Ciudad de México. Protesta la Real Universidad de México: “¿Cómo se atreven a decir que somos mestizos? ¡Es mentira!” Lo veían así. Eran mestizos biológicamente, y eran mestizos culturalmente, que es mucho más importante, porque a la hora en que yo pasé horas y horas, días y días de mi vida contando mulatos, mestizos, castizos, moriscos, me di cuenta de que, realmente, lo que estaba viendo, no era un criterio biológico, era un criterio de orden social y cultural. Eso es lo que distinguía a la población. No precisamente los cruces o los orígenes familiares.

Pasamos entonces a los protagonistas. ¿Quiénes fueron, quiénes son estas personas, de quienes yo digo, he visto sus documentos y sé que fueron, al menos en algún momento de su vida, felices, o bien, no lo fueron, pero tenían muy clara la idea de qué es la felicidad y que podrían alcanzarla? Me voy a ir a un personaje de los más antiguos, y de los más odiosos y

repudiados de nuestra historia: Pedro de Alvarado. El conquistador Pedro de Alvarado, con tantas riquezas, con tanto poder, con la capacidad de dar vida o muerte a quien quisiera ¿pudo ser feliz en algún momento? ¿Buscó la felicidad, aparte de la ambición? Juraría que no.

Y nos vamos con otro personaje, mucho menos destacado y menos conocido, de la misma época: el comendador Leonel de Cervantes. También fue compañero de Hernán Cortés en la conquista, solamente que cuando ya estaba sitiada la Ciudad de México, para él, como para todos, era visible que en un momento caería Tenochtitlan. Y entonces, nos cuenta Bernal Díaz: “El comendador Leonel de Cervantes, pidió licencia a Don Hernando para regresar a España y Don Hernando no tuvo inconveniente en dársela, porque Leonel de Cervantes, en la guerra, era hombre para poco.” Efectivamente, parece que en la guerra no se destacaba por su valor ni por su fuerza, pero en cambio, como político, como diplomático, como visionario, parece que no estaba mal, porque regresó tan pronto como pudo, regresó de España con sus seis hijas, no tenía ningún hijo, a sus seis hijas las pudo casar, una por una, con los más destacados encomenderos, propietarios, los más ricos empresarios y con eso perpetuó el nombre, la estirpe y la familia de los Cervantes.

¿Fueron o no fueron felices estas mujeres? Mujeres a las cuales casaban porque era obligación de los padres y de los hermanos casar a las mujeres, y conozco cartas de doncellas de veintitrés, veinticuatro años, que están impacientes y desesperadas: “Porque mi padre no me ha buscado marido ¿en qué está esperando?” O bien “Porque murió mi padre y ahora es mi hermano el que tiene obligación de conseguirme marido.” Seguramente a ustedes les parece inconcebible, pero así es como lo veían estas mujeres. No era el terrible castigo de que me casaron con alguien que no conozco. No, son capaces de escribir desde España y escribirle a su pariente en México, la Nueva España, diciéndole: “Seguramente ahí tienes posibilidades de casarme con alguien, por favor no te olvides de que ya tengo veinticuatro años.” Tienen verdadera urgencia porque su pariente las case. Está muy lejos de lo que nos parece tan terrible de casarlas contra su voluntad.

Claro que también hubo mujeres que se quejaron; porque las casaron con quien ellas no querían, o porque no las dejaban casarse con quien ellas querían. Un ejemplo particularmente dramático es el de la hermana de los Ávila. Los Ávila, que eran amigos y compañeros de Martín Cortés, el hijo legítimo de Don Hernando. Con él hacían sus fiestas, formaron su corte, eran propietarios, eran distinguidos. No habían hecho nada en la conquista, pero lograron ser los personajes más distinguidos de la Nueva España. Y su hermana chica, de dieciséis o diecisiete años, se enamoró de un mestizo. “De ínfima calidad” dice el cronista, un tal Arrutia. Los hermanos no pudieron soportar esa afrenta, de manera que tan pronto como lo supieron, encerraron a la niña en un convento y embarcaron desde Veracruz a España al tal Arrutia. La joven lloró, lloró y sufrió en el convento. Siempre esperando a que vinieran a rescatarla. Llegó un momento en el cual la convencieron de que Arrutia había muerto, y entonces, aceptó hacer los votos como religiosa. Profesó como monja y se resignó con su suerte, mientras a sus hermanos los ajusticiaban por el intento o el inventado intento de rebelión. Y entonces, transcurridos veinte años, regresó de España Arrutia, aquel a quien habían desterrado y que había hecho una regular fortuna. Lo primero que hizo al llegar, fue preguntar por su novia, a la que nunca había olvidado, porque él nunca se casó, buscándola a ella. Le dieron la noticia. Ella no contestó nada, sólo bajó a la bodega, agarró una cuerda, salió al huerto del convento, amarró la cuerda a un árbol y se ahorcó. No cabe duda de que esta señora no había sido feliz, pero había soportado la vida mientras no había vislumbrado la posibilidad de esa felicidad que podía estar a su alcance. Cuando se dio cuenta de que había vivido en un engaño, ya no lo pudo soportar. Y esa es la

situación en la que se han encontrado muchas personas, que mientras no han tenido conciencia de que equivocaron su camino, de que las engañaron, en última instancia, no se han dado cuenta de que la felicidad había estado al alcance de su mano y la perdieron, sin embargo.

Hay otros muchos personajes. Muchísimos de los que desfilan en los documentos, entre mineros que en un momento dado se sienten abrumados en el fondo de la desesperación y al día siguiente descubren una rica veta y entonces están en el colmo de la euforia. ¿Tiene esto algo que ver con la felicidad? No será que somos o no somos felices sin saberlo y en determinado momento surge la chispa que nos hace ver: “Pero si yo soy enormemente dichoso. O si yo he fracasado enormemente en lo que me proponía.” Comerciantes que buscan, no sólo la riqueza, no sólo el dinero, sino también el prestigio, la dignidad, la hidalguía y lo van a buscar mediante el matrimonio. Y nuevamente encuentro en los testamentos, expresiones en las cuales, o bien se omite a la esposa, no se dice nada de ella, ella ya tiene sus bienes, no se trata de a quién le dejó mi dinero, porque ella tiene los bienes que le corresponden, los gananciales y los propios. Pero el marido no tiene nada que decir, o por el contrario, la esposa no tiene nada que decir. Frente a otros casos en los que van a decir: “Y mi amada esposa que me ha hecho feliz todos los años de mi vida.” Un amor sincero. Seguramente los casaron sin que ellos supieran quién era el que iba a ser su cónyuge, pero fueron felices. Y la esposa que dice: “Y mi marido, con el cual disfruté los mejores años de mi vida.” Estas pequeñas expresiones, que apenas ocupan una línea, o menos de una línea, nos están hablando de unos sentimientos arraigados a pesar de unas condiciones que nos parecerían desfavorables para ella.

Por el contrario, también conozco algún caso, de una mujer, que después de haber pasado varios años viuda, y en compañía de su hermano, nos lo explica en el testamento y dice: “A mi hermano, con quien he disfrutado enormemente los años de mi viudez.” Evidentemente la señora había tenido un matrimonio poco afortunado y su viudez había sido su momento dichoso. Lo cual no quiere decir que ser viuda era lo más deseable, sino porque se volvían a casar. De hecho las mujeres que tenían alguna fortuna, procuraban volver a casarse cuando se quedaban viudas. Y las que no tenían fortuna o no tenían otros atractivos, se conformaban con tener un amante, un compañero, un amigo, lo que ellas expresivamente dicen: “La sombra de un hombre.” Porque ser una mujer sola, era estar expuesta a abusos y vejaciones y tener la sombra de un hombre, aunque no fuera el marido legítimo, siempre les daba cierto prestigio en la sociedad.

¿Qué pasaba con quienes ni siquiera llegaron al escribano público, con quienes no me han dejado ni su nombre? Pero yo puedo conocerlos, a quienes conozco mejor. Muy poco a los campesinos, algo, cuando están disputando por tierras, algo, cuando están implicados en un pleito judicial. Y generalmente los casos de uxoricidio, los maridos que matan a sus mujeres, son más frecuentes en las zonas rurales. No estamos hablando de homicidios por honor. Estamos hablando de que ella no le calentó las tortillas cuando él llegó borracho por la noche. Entonces con un argumento tan fuerte como este, la golpeó la golpeó y la golpeó hasta que la mató. Primer momento: La familia está indignada, porqué mató a su esposa, que lo castiguen. Lo castigan. Con unos cuantos años de cárcel, no crean que mucho más, porque matar a una mujer no es igual que matar a un hombre. Y si además es la propia esposa, entonces es menos grave, al fin es su propiedad. Pero transcurren unos cuantos meses y entonces los mismos parientes, los mismos paisanos del pueblo, dicen: “Bueno, ya pasó muchos meses en la cárcel, ahora que lo dejen en libertad. Porque necesitamos, porque él va a trabajar el campo, porque su familia depende de él.” Y son los padres de la esposa difunta los que están pidiendo esto.

¿Cómo vivían los campesinos en las haciendas? Nuestra imagen de las haciendas está muy distorsionada por lo que sabemos del porfiriato, por lo que sabemos del siglo XIX. En esa época, efectivamente, la vida en las haciendas pudo ser terriblemente dura. No tanto en el siglo XVIII, para el cual, la legislación era muy rigurosa con los dueños de la hacienda, que le prohibían prestar a los peones más de lo que correspondía dos meses de salario y si le prestan más lo va a perder. Y si le han prestado una cantidad y el peón se quiere ir a otra hacienda, basta con que el nuevo amo pague o se haga cargo de la deuda que tiene pendiente el peón. La movilidad era frecuente, la gente no vivía amarrada, ni a su pueblo, ni a la hacienda, al contrario, hay muchos testimonios de que cambiaban de trabajo, cambiaban de residencia y por supuesto, emigraban a las ciudades. Una ciudad como Guadalajara duplicó su población a lo largo del siglo XVII. No es fácil, en un régimen antiguo, en un régimen preindustrial, no es fácil ese crecimiento de población.

Y eso nos lleva a otro de los temas relacionados con la felicidad. ¿Se puede ser feliz cuando muere tu esposa, cuando muere tu hijo, cuando mueren tus amigos, una y otra vez por epidemias, por enfermedades, por accidentes, por asaltos? ¿Puedes ser feliz si vives atemorizado ante esto? ¿Podrían ser felices las madres novohispanas cuando sabemos, y para esto no tengo retazos, imágenes, ni menos fantasías, sino datos precisos, numéricos, de registros parroquiales, que una tercera parte de los niños que nacían, morían durante el primer año, otra tercera parte porían entre uno y cinco años, de modo que cuando un bebé alcanzaba los seis años, se decía que ya se logró, es decir, era como una semillita, que no acababa de fructificar hasta que hubiera superado esa etapa, en la que dos tercios morían y quedaba un tercio sobreviviente? ¿Cómo podían los padres sobrellevar la constancia de que si no habían muerto sus hijos podían morir en cualquier momento? ¿Cómo podían sobrellevar esta situación? Y ¿Cuántos eran los hijos que tenían y cuántos eran los que podían sobrevivir? Como digo, la población crecía muy lentamente y si aumentaba era por quienes llegaban del campo a la ciudad, deslumbrados porque la ciudad les ofrecía algo que no tenían allí. Lo que la ciudad les ofrecía era el trabajo, la prosperidad, la posibilidad de entablar unas nuevas relaciones, o el huir de alguna culpa, alguna deuda que dejaban abandonada en su pueblo. La realidad, es que todos iban a la ciudad en busca de algo. Lo encontraban o no lo encontraban. Conozco familias de jóvenes emigrantes que llegan a la ciudad y forman un grupo doméstico en el cual hay tres, cuatro, cinco hombres jóvenes que duran muy poco tiempo, hasta que cada uno de ellos consigue instalarse, establecerse por su cuenta, y se descompone este hogar. Son hogares pasajeros, porque los hogares tienen formas muy diversas en el mundo de la Nueva España.

Vuelvo a hablar del matrimonio, ese matrimonio arreglado por la familia, mediante capitulaciones. Y hay un ejemplo particularmente expresivo entre muchos otros. Se trata de una familia, oriunda de Vascongada, en que ha murto el padre. De manera que la madre se tiene que hacer cargo del negocio familiar. Tiene una tienda bastante valiosa, no se trata de los grandes mercaderes con fortunas importantes, pero es una tienda próspera en la Ciudad de México. La madre tiene un hijo jesuita y una hija de quince años. La solución, como el hijo jesuita no puede encargarse de la tienda, la solución es casar a la hija. ¿Y con quién la va a casar? Con el cajero, el empleado, un hombre que lleva treinta años trabajando en la casa, durante los cuales ha demostrado su honradez. Hasta tal punto lo ha demostrado, que después de treinta años trabajando, no tiene dinero que aportar como arras al matrimonio. ¿Cuántos años tuvo cuando entró a trabajar? Quince, dieciocho, veinte, le suman treinta y ya tenemos al flamante novio. ¿Y la novia dónde está? No está ajunto al notario, no está cuando se firman las capitulaciones

matrimoniales. Porque la madre dice: “Ella es demasiado joven para entender esto, no vale la pena que esté presente. Al fin y al cabo de lo único que se trata es de supervenir, nada más la están casando, no tiene caso que ella esté presente porque es demasiado joven para eso.” Bastante expresivo de cómo funcionaban estas relaciones.

Otras muchas capitulaciones matrimoniales se refieren al compromiso del yerno, futuro yerno, para trabajar y en el mismo día y en el mismo escribano, se va a firmar la carta de dote y el compromiso de trabajar, de prestar su apoyo o de colaborar con una parte del capital en la empresa familiar. ¿Cómo se soportaban estas situaciones? También Sor Juana nos lo dice, en el mismo romance: “¡Oh si como hay de saber, / hubiera algún seminario / o escuela donde ignorar / se enseñasen los trabajos!” ¿Qué trabajos eran los que había padecido Sor Juana? Ella no padecía por hambre, a ella no le faltaba un techo, pero le faltaban otras cosas. Llegó a una edad, sobre los cuarenta años, cuando decide que quizás equivocó su vida. ¿Porqué la equivocó? A esa edad, difícil, en cualquier caso, difícil, sobre todo para una mujer, mediando el siglo XVII, o terminando el siglo XVII. En ese momento ella no ha tenido un amante, no ha tenido hijos. Ha tenido la gran satisfacción de ser una poetiza destacada. Ha tenido el reconocimiento de la sociedad ¿y qué es eso? Vanidad, vanidad de vanidades. ¿Se acuerdan dónde está la verdadera felicidad? Ah la verdadera felicidad está después de esta vida. Entonces es cuando ella decide dedicar todo su esfuerzo a ser una buena monja, una buena cristiana, una buena mujer, dedicada a buscar el paraíso, la felicidad en el otro mundo, porque en este mundo no la tiene, no la ha encontrado hasta ahora.

Y ¿cómo se las arrebataban quienes no tenían ese espíritu de sacrificio, o quizás esa fe tan fervorosa, como para renunciar a todos los placeres del mundo y dedicarse exclusivamente a la búsqueda de la felicidad en el otro mundo? Podían negociarlo, y esto es muy típico, muy propio de los siglos XVII y XVIII. ¿Cómo negociar la salvación? ¿Cómo conseguir un buen lugar en el paraíso, o también un buen lugar para que los entierren bien? No es una cuestión del pasado. No solamente en el siglo XVII era importante que el lugar del entierro estuviera cerca del altar mayor. Yo recuerdo, hace pocos años, una promoción que se hacía en televisión, anunciando el precio de las criptas junto a la virgen de Guadalupe, como si fuera un hotel de lujo. Eran más caras las criptas cuanto más cerca estaban de la virgen. Finalmente se trataba, de que a la hora del juicio final, cuando todos iban a resucitar, pues ellos podían agarrarse del manto de la virgen, o quizá ella los llevase de la manita, porque para eso estaban más cerca.

Entonces ¿cómo se negociaba eso? ¿Cómo se conseguía eso? Claro que había fórmulas y además existían fórmulas que podían compaginar intereses materiales con espirituales. Las cofradías, ¿qué importancia tuvieron las cofradías? Todas las parroquias, todas las doctrinas tuvieron cofradías. Al menos una cofradía, y muchas, varias cofradías. ¿Qué es lo que se conseguía en la cofradía? Por una parte se conseguía una ayuda, un apoyo, para tener misas a la hora de la muerte, un funeral, un entierro, que costeara la cofradía. Así como nosotros tenemos un seguro de vida, ellos tenían un seguro de entierro. Se aseguraban de que después de esta vida iban a tener quienes rogasen por ellos. Además la cofradía no solamente pensaba en el más allá, la cofradía pensaba en el más acá. Los miembros de la cofradía se hacían préstamos. La propia cofradía tenía bienes que prestaba con el consiguiente rédito, que nunca podía ser superior al cinco por ciento, pero que de todas maneras resolvía, muchas veces, las necesidades de los cofrades. Porque en una época en la cual había una gran riqueza, pero no había nada de dinero, en una época en la cual un rico hacendado, o minero, podía ser propietario de grandes extensiones pero no llevar dinero en la bolsa, porque eran pocas las monedas que circulaban, en

ese momento, el tener crédito era fundamental. Por eso se hablaba, y con razón, de tantas haciendas incultas. La hacienda no tenía un valor, o no tenía el único valor, de lo que la hacienda producía, sino que la hacienda era el instrumento que permitía tener un crédito. Y gracias a eso, ese crédito servía para ocuparlo en otras actividades más productivas, como el comercio, por ejemplo, el comercio de ultramar. Entonces la cofradía está resolviendo al mismo tiempo, necesidades espirituales y materiales.

Y ¿qué con las capellanías? Con las capellanías tenemos un caso paralelo. La capellanía está asegurando al fundador, que van a decir misas por su alma. ¿Cuántas misas? La capellanía puede ser de dos mil, tres mil, cuatro mil pesos, que va a dar una renta del cinco por ciento. ¿Para quién son las capellanías y para qué? Las capellanías casi siempre, en una inmensa mayoría, se van a destinar a miembros de la familia; en primer lugar a mis hijos y a mis nietos, luego a mis sobrinos más o menos alejados. La capellanía va a servir para que, en el momento en que el joven o el niño, llegue a ordenarse sacerdote, diga un cierto número de misas por mí. Y ¿De qué depende el número de misas? Porque tenemos capellanías que deben decir tres misas al año y otras que deben de decir cincuenta o sesenta misas al año. Ustedes pensarán, con dos mil pesos dice tres, y con cuatro mil pesos dice cincuenta. No, al revés. Cuando yo fundo una o dos o tres capellanías, porque era frecuente que se fundaran varias, yo procuro, que esas capellanías, que van a ser para mis parientes, las pueda usufructuar, dos, tres, o cuatro capellanías juntas, uno de mis descendientes, por lo cual, puede decir cuatro, seis u ocho misas. Y como es uno de mis descendientes, tiene unas rentas saneadas, unas rentas suficientes, para que se presente decorosamente, con la dignidad que corresponde a mi linaje. Entonces estamos combinando, una vez más, intereses espirituales, con intereses materiales. Es mi familia la que debe presentarse decorosamente. Pero si no hay ninguno de mis hijos, de mis nietos, o de mis sobrinos, que quiera ser sacerdote, entonces, que le den una sola capellanía a uno y que diga muchas misas. Esa es la diferencia, los de mi familia tienen menos obligaciones y más dinero.

Y ¿Qué sucede cuando están dando una capellanía a un niño de cuatro o cinco años? Durante los años que tarda en llegar a hacerse sacerdote, tendrá que dar una parte de las rentas para pagar misas, que las diga un sacerdote. Y cuando llega a la edad en que debe profesar, para esto tenemos un testimonio lindísimo, en el último libro de capellanías del Juzgado de testamentos y capellanías del Archivo arzobispal de México. Ahí, llega un momento en el cual dicen: “Hay muchísimas capellanías que no sabemos cómo se están sirviendo. Deben de pasar una inspección, deben de pasar revista.” Y efectivamente, encargan a alguien que pase revista y él nos informa: “Este capellán está disfrutando de dos capellanías de cuatro mil pesos y tiene veinticinco años. Pero todavía no está muy seguro si quiere hacerse sacerdote o no. Necesitamos darle un tiempito para que él decida su vocación.” Pasamos con otro: “Este tiene veinte años y solamente está amancebado con una mujer con la que tiene dos hijos, pero todavía no está seguro, a lo mejor quiere dejarla y hacerse sacerdote. Vamos a dejarle que siga disfrutando de la capellanía.” Y así sucesivamente, encontramos cuál era el uso que verdaderamente le daban a la capellanía.

Lo cierto es, que estaban viviendo una época en que los bienes espirituales y los bienes terrenales se confundían. Las aspiraciones de felicidad eterna y de felicidad terrena, estaban en un mismo límite, en una misma meta. Faltaba que llegase la secularización, faltaba que llegase la ilustración, faltaba que las reformas borbónicas dijeran: “Las monjas a su convento. Nada de visitas, nada de tertulias, nada de que vayan los galanes a rondar debajo de la reja de las monjas.” Faltaba que dijeran: “Los frailes a rezar, las monjas a rezar, y nosotros a divertirnos.” Eso era lo que se necesitaba para que la secularización de la sociedad nos hiciera ver que el mundo de lo



espiritual, el mundo de lo religioso, era algo muy diferente. Y entonces, ya no buscamos la felicidad en el terreno espiritual, apenas la buscamos en el afectivo. La buscamos solamente en el terreno material. Y así nos va.

Muchas gracias